

RECUERDOS DE LA VIDA Y ERRORES DE UN PROFESOR TRASHUMANTE

(Valeriano Fernández Ferraz)

San José, 1920.

Manuscrito conservado por la familia, Srta. Lucía Jiménez. Texto, incompleto, en borrador, y texto "en limpio", ambos manuscritos a lápiz, muy borroso ya el texto. En general, el segundo ampliado respecto al primero. Desgraciadamente, la redacción quedó sin continuar, habiendo quedado solamente una autobiografía de infancia y juventud.

C. L. C.

OBSERVACION

Aunque esta copia definitiva se hace en 1920, los Recuerdos empezaron a escribirse en 1917, y eso se interrumpió desgraciadamente, por comprometerse quien los escribe a ser juez de cierto concurso literario.

(5 de noviembre de 1920).

PROLOGO

Hoy día 14 de enero de 1917, en esta pequeña capital de Costa Rica, todavía más pequeña, en cierto modo, entre las repúblicas, empiezo a escribir algo de mi vida y errores. Esta vida que ya me va cansando —tres meses justos antes de cumplir mis 86 años— ha sido, acaso, “una lamentable serie de equivocaciones”, como el reinado de una augusta señora demasiado buena y bondadosa para Reina de España: ¡Quién sabe si esto mismo —de Vida sin Plutarco— no será una de tantas equivocaciones más!

Pero no importa para el asunto y su finalidad. Las equivocaciones y errores del hombre pueden ser más docentes y educadores, que los aciertos y verdades, para el hombre mismo, si se pone a pensar por derecho y reflexiona también acerca de personas y cosas de la vida. Y hasta la más humilde personalidad puede ser ejemplo de prudentes o, mejor, servirles de consejo y guía

para evitar escollos y malos pasos en el mar de la existencia humana y su más segura navegación.

Tirando ahora las primeras líneas, vagas y borrosas, apenas veo que esta cansada vida mía procede, cuanto a tiempo, por "olimpiadas" y "lustros" —a lo griego y lo romano— como quien dice, y eso hará comprender a cualquiera, sin mayor trabajo, cómo lo más pequeño, lo ínfimo en la vida, puede compararse con lo superior y más grande . . . Y cuanto a lugares, digo que ni el mismo Ulises homérico pudo correr y recorrerlos, más varios y diversos en climas y distancias. ¡Cuán pequeño era el mundo entonces! ¡Qué chicos somos ahora los hombres!

Tanto, efectivamente, ha caminado, por uno y otro mundo, este pobre átomo de la humanidad que no necesitó ser todo un marido de Penélope, astuto y vario de pensares y hazañas épicas, para "conocer tantas costumbres desiguales, tantos apartados países . . ." Claro es que digo "conocer", como quien dice "conocer de vista" y por fuera, exteriormente, a modo de doctrinas y adoctrinamientos populares, que no cual "conocen" que se van al fondo de cosas y personas, lo mismo que a regiones ultraplanetarias.

Por manera que estos "errores" de mi vida, bien pudieran tomarse también como los de cualquier "planeta", o "vagabundo" en claro castellano. Me abstengo, cuanto puedo, de "helenismos" —vulgar costumbre de analfabetos.— Y por lo que hace a mi "conocer", tómesese como quiera, lo propio que a mis "errores". De esto y de aquéllo . . . ¿quién puede saber a punto fijo ninguna cosa? Ni creo que pueda saberse tampoco de cierto, si es mejor salir, o quedarse en casa, si aprender las "verdades", o escarmentar en cabeza ajena con los "errores" del prójimo pecador.

Y añado ahora, a punto de pasar adelante, que de no haber sido yo antes un "niño viejo" y ser a esta fecha un "viejo niño" —si dice la verdad un antiguo proverbio— dividiría ésta mi relación, que no es cuento, en niñez, adolescencia, juventud, madurez y ancianidad —con todo y números al fin de cada etapa— en esta forma: 1840, y 1848, y 1857, 1877, y 191 . . . ¡Quién sabe! Basta de matemáticas y de Prólogo.

(San José, 4 enero 1917)

VIDA Y ERRORES

1.—Nací en Santa Cruz de la Palma, mejor a mi parecer y en mi afecto, que ninguna de las otras Islas Canarias y que todas las demás del mundo. Mi padre D. José María Fernández y Díaz del Castillo, fue uno de los hombres más hombres de aquella tierra —fábrica de gentes—, y mi madre doña María del Rosario Ferraz y Pérez, fue la mujer más bella y buena de sus paisanas; tanto que, según me contaban, hubo cierta exageración —como es de costumbre popular— en sus elogios, y una vieja de anteojos [anteojos?] verdes, al ver desde un patio, casa de nuestras tías las Señoras "Castillas", asomar a la Señorita Rosario por "la ventana de los plátanos" dijo a otra vieja

que molía chocolate: "¡por mujer, no me parece tan bonita"!... ¿Influiría en este parecer el medio ambiente con tales verdores y tal vejez?

Lo cierto es que, pocos años más tarde, vuelto de La Habana el gallardo joven Fernández, que era también algo poeta, le cantó al pie de otra ventana, a su novia esta copla:

"Es Rosario más hermosa
Que el oro y la plata fina,
Más que el agua cristalina
Que corre de rosa en rosa".

2.—Y en 1830 se casaron María y José María . . . De resultas nació yo, como he dicho, el 14 de abril de 1831, cometiendo mi padre, y 15 años después buen amigo mío, la equivocación de ponerme un nombre que nunca me ha gustado para nada . . . Bien puede cambiármelo yo mismo más tarde, porque tenía donde escoger, ya que mi partida de bautismo dice: "Valeriano Antonio Vicente del Sacramento"; pero la equivocación de no hacerlo fue mía . . . y van dos, sin rebasar de la "primera olimpiada" de ésta mi vida vulgarísima.

3.—Pero la equivocación más lastimosa de mis amados padres —cuando cumplí un año y corría y hablaba de corrido—, fue ponerme a los pechos de una nodriza que luego resultó aficionada al aguardiente, y quedé yo brotado de sarna y enclenque . . . a punto de tener que criarme de nuevo. ¡Gracias a "Madre María la burra", mujer mansa y enorme de amplitud pectoral, quedé como nuevo en otro año, y no faltaría —supongo— quien me llamase luego "mamón de dos años"! . . . Cuatro enteros mamó, sin dar paso, cierto Rey de España! Y aquí tenemos otra comparación augusta, sin que "me esté mal el decirlo".

4.—"Madre María" se quedó en casa, y creo que también crió a mis hermanas Carolina y Juana. Si esta última —que aun vive aquí, en Alajuela— no estuviese tan sorda que hace imposible toda relación de palabra, me auxiliaría con abundantes recuerdos de su memoria felicísima. En cuanto a mí, sólo sé que apenas recuerdo nada que me interese hasta el verano de 1835.

5.—Pero entonces fuimos con nuestro abuelo D. Mariano Ferraz, el Capitán de Puerto, a su Viña de Mazo, en el Lomo Blanco . . . Y por cierto que si yo imitara (¡Dios libre!) al decadente francés que tituló uno de sus escritos "la sopa y los nublados" en esta ocasión "la vendimia y el Cometa Halley . . ."

Porque, verán ustedes . . ., pero vamos por partes (que de esto sí me acuerdo como del mismo "cabelludo", o "rabilargo" —como sea— cuando volví por aquí, no hace siete años). Fuimos, pues, a la Viña de abuelito, él a pie, con lanza de bordón —"gente de mar no suele cabalgar"—, las dos chiquillas (Carolina y Juana... bien acomodadas en sendas cestas de unas úrganas, yo montado en medio a escarramanchones y con las riendas del borrico, el cual era excepcionalmente dócil y manejable . . . Así pasamos la Playa de Bajamar, al socairo del inminente Risco de la Concepción, teniendo el sol naciente a mano izquierda; pasamos por Breña Baja y la Iglesia de San Antonio con su cura, el más lleno y rozagante de aquellos días; remontamos el Lomo del Incienso, aspirando con alegría devota el eclesiástico perfume, con otros varios del campo, en cuenta el saludable de las gañanías mayores y los tratos de mansas ovejas y manadas de cabras locas, y en llegando a la Polvacera, ya no había que subir mayor cosa para entrar en casa sin novedad . . .

6.—El almuerzo fue vegetalario y algo lechoso, puesto que consistió de higos frescos y gofio, duraznos mollares y membrillada seca, pan casero y café con leche de cabra, que es la más espesa nutritiva de todas . . . Aquel día no hicimos cosa mayor,

sino que mis hermanas llevaron a la Zaya y su sombra —“sub tegmine Tagi”— las muñecas (?), y abuelito me llevó a mí casa de ña María la Bonita, una de sus mejores vecinas, que también me agasajó con pan dulce y pasas, diciendo, además, que yo era muy lindo, y “que se alegraba muchísimo” de mi restablecimiento y completa salud.

7.—A poco de ese cumplimiento tuvimos ocasión los tres hermanos minúsculos, de conocer otras dos vecinas de mi abuelo, pero enteramente contrarias a la anterior, hermosa y rica: María la Ñadrina, o Ñiñadrina, estaba con opinión de brujas y poco menos su hija, también María y bastante desmirriada de suyo. Vivían, casi de limosna, si no al merodeo de gallinas y nidadas, en un rancho de piedra seca y calafateados con helechos, de unas diez y seis varas en cuadro y techado de teja vana: lo cual, por cierto, le daba, en tamaño, semejanza con casitas de “Belén”, y, por construcción, con enorme fábrica de cíclopes . . . Y éste es otro caso notable para que iguallen o equiparen los filósofos, lo enorme con lo mínimo, lo romántico con lo clásico y hasta lo ridículo con lo sublime.

8.—Pero lo que no tiene comparación posible, en esta vida histórica, es la complicada personalidad, o persona —modestamente hablando— de otra vecina y amiga general de mi abuelo en sus temporadas de campo. Era, efectivamente, “tía Juana la Grilla”, rica y pobre, mezquina y generosa, campestre y ciudadana; pues que bajaba a la ciudad, por tiempos, donde variamente hacía negocios de compraventa, sin mayor recato de lo suyo, y en el campo majaba su lino “pa” echar telas en telar propio, y en vendimiando su propia viña, jornaleaba en las de casa, oportunamente, no sólo para vendimiar, sino para cavar y podar y amarrar.

9.—Esta mujer moderna “in illo tempore”, complicada en tareas y amor, libre y esclava de sus domésticas obligaciones tenía una hija Antonia, de unos doce años a la sazón, pero mujer fuerte de cuerpo y lo demás; porque entonces cargaba conmigo bajo un brazo y bajo el otro con mis dos hermanas, y diez años después, en mis quince y queriendo hombrearme con ella, me dio tal repujón de “manos quietas” y virginal bravura, que fui rodando buena pieza por el santo suelo. Esta moza brava debió de salir a su padre, siempre desconocido para mí; pero su lección me sirvió de mucho en lo sucesivo de mi vida larguísima.

10.—Vuelvo ahora a nuestra vendimia y principios de agosto, época célebre por la visita del cabelludo y rabilargo Halley. Sólo para mí, era entonces más conocido y célebre “tío Mariano”, gigante de naturaleza, y, de oficio, medianero, peón de artes manuales y bailarín de pista (?) en el lugar de Lomo Blanco, todo en una pieza y por obra de mi abuelo . . . ¡Estentórea la voz de aquel hombre! Hallándose, de paso, con su hija —también selvática y descomunal— a unos dos kilómetros de casa, cuesta abajo y camino de “Santa Rosalía”, hubo que llamarlo de prisa, con un trabucazo, según costumbre del Capitán de Puerto, y le oí claro contestar ¡“allá voy, señor”! . . .

11.—El cesto de carga colmado de racimos lo traía del parral a la bodega, como quien lleva un canasto de café a la pila, o canastilla de flores a una novia. Pero lo mejor, más grande, lo hercúleo del cíclope aquel —era tuerto— se manifestaba y pude observarlo yo, cuando le vi remangarse las sueltas nagüetas y, bien lavados los pies, meterse en el lagar y, con su “danza pirriquia” en honra y gloria del Dios Baco que nunca hizo guerra a los mortales . . .

Las dos columnas de Hércules, sin “Plus ultra”, chorreaban abundante sangre del “tinto” y del “negro amor”, y en la lagareta caía por gruesa vena un grueso chorro de mosto parecido a lo que arroja de su negra boca un toro degollado . . .

12.—Las vendimias, pisa de arte primitivo, conversión del mosto hirviente colorado en negro vino y el trasiego de caldos para su purificación, con cosas y procedi-

mientos que en gran manera despertaban mi curiosidad, —en aquel viaje de verano y varios otros en otoño— mientras andaban las muchachitas por la palma estéril que nunca logró dátiles y trepaban, engolfadas, por la fecundísima higuera blanca y tardía, en busca de los torcidos y “raguados” frutos, ya camino de pasas, , a veces, señalados por el armonioso pico de canarios indígenas.

13.—Bien merecía punto y aparte, y parrajada de (. . .) erudita, este bello ejemplar de “Ficus Casica” (Lineo), nada inferior a la (higuera) del gran asturiano, filósofo claro, de fondo y forma, y poeta de cuerpo entero y de “Las Doloras”; nada inferior tampoco (la higuera de mi abuelo) a tantas otras históricas de lo profano, ni siquiera a la sagrada que figura frente al espino en el famoso discurso de Samuel contra la bárbara elección de Rey para los Israelitas, necios imitadores de cosas y costumbres extrañas . . .

14.—Pero en otras higueras, de “pala”, o de “burra”, sucedía entretanto, algo de interés histórico para mí, de que “quiero acordarme” ahora, y es que una nuestra criada, “Siete Narices” de nombre doméstico, cogía muy de mañana los frescos higos tunos de una chumbera cerca de la casa, con larga caña de pescar amañada al efecto con cierta rajadura por su parte más gruesa y artificialmente cogida y usada al revés, para coger por derecho los chumbos . . . Claro es que no se me oculta, ¡qué bah!, el soberano desprecio que a todo el orbe de la tierra inspiran esos tunos y su habilísima pesca de caña por tan nasónica y borbonesca pescadora; pero basta que yo aprecie los unos y a la otra, en auxilio de mis primeros recuerdos infantiles . . . Por cierto que ya “joven aprovechado” en mis estudios de Madrid, puesto que acababa de ganar por oposición mi título de Doctor en Filosofía y Letras, supe con mucha pena que todo “Lomo Blanco” se había cambiado de viñedo en tuneras en busca de la “cochinilla” que tanto enriqueció todas aquellas Islas, y durante mucho tiempo, para caer después en su natural pobreza de peñas . . ., por más que los poetas clásicos sin geografía las matejasen de “afortunadas”. Muy frecuentes son en la historia y la geografía semejantes contrasentidos embromadores.

15.—Otros hechos notables y de trascendencia vital —para mí, aunque nada importen a nadie más, lo que me tiene sin cuidado— acontecieron al fin de aquella temporada; pero nada tan de notarse, y anotarse aquí, como el paso del “Cometa Halley”, a principios de agosto, por aquellas latitudes, hacia el Sudeste de la frescura de un pobre viejo que, olvidado a veces del vino sobre la sopa, tiene presentes, con entera viveza, cosas pasadas hace más de ochenta años . . .

16.—Bien explican los sabios éste mi fenómeno psico-físico; pero de astronómico no podían darse cuenta los “magos” (“conchos” en mi tierra), ni menos las “mangas” que ciencia marítima de mi abuelo, algo cosmográfica también, ni, lo que es más si se quiere, en la experimentada y práctica “ñadridrina” vieja, muy de sobre ochentona . . . La cual declaraba que, de moza, “vido” la propia estrella grande, ramosa y cabelluda, sin traer nada que fuera de sentirse en aquel pago de Mazo y sus alrededores, desde la Montaña de la Breña hasta el “Mocanal” y desde “La Rosa”, hasta la “Cuesta del Palo”, que es como decir el mundo entero para la bruja más vecina de casa y sus chumberas y sus parrales y duraznos cogibles . . .

17.—De modo que no solamente vi, a mis cuatro años de edad, el famoso Cometa primogénito de los calculados en su enorme y descomunal carrera, sino que traté, —siempre a honesta distancia— a la bruja viejísima que lo viera sin miedo 75 años antes, y 75 años después he vuelto a verlo desde las “Arcadas de Don Cleto” en mayo de 1910, año fatal para la Noble y Leal Ciudad de Cartago . . . Y, a propósito de estas dobles vistas cometarias, cualquiera podría suponer, sin mayor esfuerzo de suspicacia crí-

tica, que yo hiciese alarde de erudición barata, gracias a cualquier Enciclopedia "ad usum puerorum", o conversando con mi sabio amigo Pedro Nolasco Gutiérrez, astrónomo nacional, abandonado a su propia suerte . . . Pero nada de eso, no he de meterme por solar ajeno.

18.—Lo que sí pudiera yo hacer, sin perjuicio de tercero, sería filosofar un poco acerca de "estrellas" y demás cosas tan distantes, que nadie pudiese ir a preguntarles a ellas sobre mi verdad o mis fatales "equivocaciones". Por qué no habríamos de pensar cualquier almanaquero y yo mismo que Aristóteles conoció de vista, desde el observatorio de Atenas, este mismo Cometa (de quien, como completamente inofensivo, nos habló a todos los indoctos o tímidos el Prof. don Juan Rudín), y 75 años después, cuando el saber curioso hubo de fijarse en Alejandría, no hay duda sino que algún Hiparco y cualquier observador a su modo, se ocuparon oportunamente de semejante vagabundo por los infinitos espacios estelares . . .

19.—Y la mentada Estrella de los Reyes Magos, ¿qué otra cosa hubo de ser, sino el tal Cometa, sin bautismo ni nombre todavía? Sólo que, por justo respeto al Niño Dios, recogió la cola y se cortó la coleta . . . Ni eran para menos las torerías del Rey Herodes y sus bárbaros seides en la degollación de los Santos Inocentes, — salvajadas que hoy día, después de dos mil años de civilización europea, están pasando, por obra y gracia de reyes o emperadores que se llaman "cristianos". ¡Qué religiosidad, y qué progreso, y qué frescura!

20.—Del Cometa bastante hemos hablado, digo, me parece que basta para fastidiar a mis lectores póstumos, si por ventura los hubiere . . . Pasó todo agosto y casi todo setiembre, y habíamos de bajar el primer sábado de octubre, víspera del Rosario, o "Día de Naval", como allí se llama entre marinos y navegantes, sin duda por lo de Lepanto de gloriosa memoria, y lo de Santo Domingo de Guzmán con el santísimo Rosario, todo para honra de España . . . Pero antes de despedirnos de las comadres o vecinas de mi abuelo, debo decir algo . . . nunca de alguno de sus nombres o nombres.

De "Seña María la Bonita", sólo diré que, después de tanto rodar mío por éste y el otro mundo, únicamente aquí pude ver otra "Doña María" muy semejante en soberbia hermosura . . .

21.—Y tocante a la "Ñadrina", o "Ñiñadrina" —como pronunciaba siempre mi tan recordado y cariñoso abuelito—, tengo por cosa cierta y averiguada, que nuestro respetable Capitán de Mar, tenía muy presente, en sus recuerdos juveniles, a doña o "niña Endrina", del famoso "Libro de buen amor", obra clásica y genial ejemplo de nuestra gran literatura, de que tan diferentemente juzgaron críticos de tal porte como el Sr. Menéndez Pelayo y el ex jesuita D. Julio Cejador . . .

22.—Aquel sábado al "atardecer" — como suelen los imitadores de Núñez de Arce, acá y allá, entrábamos por el llano de Santo Domingo, cuando se nos dijo la caída y muerte de Macaco (apodo de un ligero carpinterillo) el cual, queriendo poner una bandera en lo más alto del campanario, se vino abajo de cabeza hasta el suelo que vimos aun lleno de sangre en aquel punto. Sólo que el pobre descuidado nada debió de sentir, puesto que los caídos de alto mueren ahogados por el aire . . . Mi abuelo, bastante relacionado con aquella iglesia de Santo Domingo —de qué se dará muestra más adelante—, nos encargó, con el burro, a un marinero y entró a rezar por el muerto de aquella tarde en devociones de Santo Domingo de Guzmán. El Rosario era la fiesta del domingo siguiente, día de mi madre, día de la santa institución del rezo familiar y día en que se recuerda la batalla de Lepanto. Allí en aquel golfo clásico triunfó Don Juan y Cervantes quedó manco gloriosamente.

23.—En nuestra pobre insignificancia también celebramos bulliciosamente nuestra llegada a casas. Ruidosas fueron nuestras noticias de mujeres hermosas, y brujas y ladronas. Sobre todo lució el Cometa de la mañana y aquella noche cenamos con gofio escaldado, cabrillas frescas y chocolate con bizcochos finos, de los que hacía tía Dolores, cocinera de abajo, donde la Caruncha de anteojos verdes también tenía sus ocupaciones y a deshora le faltó al respeto a Mariquita del Rosario . . . ¡Dios nos libre de criadas viejas y charlatanas, mayormente si usan espejuelos verdes. Son locas, además.

24.—Sigue ahora un lustro (1836-1840), y aquí de "coeducación", de "ideas políticas infantiles" y, lo que es más, de mi "angélica metamorfosis". Apenas contaba yo siete años de edad (y ahora muy entrado ya en los noventa y dos, recuerdo el hecho, como si fuera de estos últimos y deplorables tiempos), me llevaron a la Amiga Doña Carmen la Fraila, buena señora los dos sexos con una caña —si no de pescar, de matar liendras. Sentóme a su derecha en el suelo y libre de la caña. Naturalmente, todos y todas gozábamos media hora de recreo, entre la doctrina y otras cosas más o menos cristianas— y vaya lo coeducativo.

25.—Bien merece párrafo aparte lo que sigue. Parece cosa de amor libre, pero sólo es de coeducación . . . Aurora mi vecina era una criatura precoz de nueve años, la cual sería, en latín virgiliano y de pastores en contienda, "lasciva puella", en cristiano "chica retozona" y de "folgar" en castellano de Fray Luis de León. No hubo de apuntarme con una manzana, como galatea, ni huir a las mimbreras, pero deseando que la viera el pastor esconderse. Mi Aurora sin dedos de rosa, pero alegre, por fuerza me llevó a una carbonera y ardiente me besó, desgñada, y oliendo a esencia de rosa . . . ¡Lástima que no tuviera yo los catorce años de mi atentado contra la Grilla menor y harto arisca virgen del campo.

26.—Lo de política fue por el año 38, cuando llegó a mi tierra noticia de la Constitución proclamada el año anterior (Entonces tardaban mucho los correos, que ahora llegan en tres días). Pasó por casa una noche el retrato del General Espartero entre cirios, con gran música de los Nacionales y atronadores vivas del pueblo soberano; y yo "gracilis puer" que nada pudo hacerle a "Pirra", vulgo Aurora coeducanda, y lo demás, me puse triste con la popular adulación, "magner" la cinta verde que me pusieron en el sombrero, y al otro día me dijo "Andresa" la de mis tías las Señoras del Castillo y Gómez: "Chiquillo, ¿si te ve tu padrino con esa cinta? Mi padrino era el Vicario, pero también hombre de pelo en pecho . . .

27.—Como resulta de lo que sigue, salimos de casa y seguimos por el Callado hasta frente a las viejas Valles, que lavaban algo en su desvencijado corral — azotea y, a punto de nuestro pasar, tiraron al callado un barreño de agua sucia de que felizmente nos libró un salto atrás del Sr. Vicario, con un fuerte "ajo" que soltó redondo y de uso común en Castilla. Seguimos adelante y de prisa . . ., de modo que pude llegar al "carro" antes que los demás ángeles y coger a mi gusto el virginal escudo de la Letanía. Me hice con "Turris eburnea", y dicho queda lo demás de la fiesta en aquella memorable noche . . . Cuanto a la vieja del agua sucia, nada pude pensar entonces, antes ni después de aquella procesión y luminora.

28.—Pero ahora estoy viendo claro que la susodicha vieja y sus dos hermanas, "las tres Valles", igualmente viejas y desdentadas, tan cercanas a la orilla del mar, no eran, ni más ni menos que unas "tres Greas", vulgares, viejas de nacimiento, sin "diente" ninguno que prestarse, ni "ojo" para ver a quien pasaba por su casa en ruina. Nunca mejor que ahora y a este propósito cabe recordar el mito helénico de las tres Greas (o "Viejas"), viejas de nacimiento y teniendo sólo, para uso de las tres, "un" ojo y

“un” diente, que de continuo pasaban de una en otra. Eran hijas de Forco y Gea (mar y tierra), olas de la reventazón contra la costa . . . Pero ya tengo dicho que no me gusta pedantear ni siquiera en perjuicio de mis amigos (1).

29.—Sigo mi vida errante, y aquí el error, o lo errático, no fue cosa mía, (2) sino que el gran maestro de la Escuela Real (3) emigró a Tenerife, mejorando de po-

- (1) . . . pedantear, ni siquiera para dar lata a mis amigos . . . Sigo en la Escuela Real todavía unos meses, mientras duraba en la Parroquia del Salvador Nuestra Señora de las Nieves, y asistíamos por la noche a fiestas y sermones o pláticas que apenas podía entender yo, sin preparación suficiente todavía . . . Pero, sin embargo, tengo por cierto que estas fiestas, aun sin comprender su sentido y toda su significación contribuyen de cierto modo y en gran manera a la educación y cultura de la niñez . . ., digan cuanto quieran los pedagogos y sus fervientes devotos de la mundanal inconsciencia, por no decir majadería humana.

Llegó en esto la “subida” de la Virgen, después de sus tres meses de temporada en la Ciudad . . . por cierto ya estábamos en vacaciones. Y así como en las fiestas de la “bajada” intervino el Sr. Vicario, con sus “letras”, sus “himnos” y sus “discursos” —en boca del “Tiempo” y de “San Miguel de la Palma” enbanderado—, así para la “subida” toda literatura religiosa y todo arte escénico del caso fueron a cargo de don José Fernández, hábil y fecundo poeta, hombre además de rica erudición, de corazonadas y clarividencias que le hicieron tener por “brujo” entre gentes del pueblo y las que no querían pasar por tales. Teatro de sus nobles ejercicios fue, a la sazón, el ancho llano donde desemboca la famosa “Calle de los Molinos”, doblemente célebre por el maravilloso ingenio del “Brujo” y por la grande y bien acreditada Panadería de su señora esposa doña Isabel . . . Muy de ver y oírse con admiración fueron las cantadas danzas angélicas —a lo seise de Catedral—, y la “Loa” de Músicos y Cantores más grandes, hombres y mujeres.

Desde allí embocó la procesión un manso estrecho hasta el remanso de arena donde, sin anclas ni amarra, estaba quieta esta otra Nave de Nieves, y pasando al costado, después de escuchar la salva de 21 cañonazos, hizo rumbo a la milagrosa “Cueva de la Virgen”, donde consta por tradición popular y fríos documentos históricos, no sólo que la infinita procesión de subida se acogió, cierto año, de un repentino aguacero de verano en ella —con ser tan chica que apenas cogerá dos docenas de personas—, sino que habiendo robado unos piratas —cuando la invasión inglesa— la milagrosa y veneranda “Negrita” de las Nieves, así que llegaron a la santa cueva, quisieron descansar un poco el cofre donde traían la imagen y cuanto más pudieron apañar de oro y plata, nunca pudieron apaar la carga, sino que ella misma los aplastó “de viaje”, como a dañosas sabandijas, yendo a remanecer otro día en la puerta de la propia iglesia . . . Conque vean nuestros “Cartagos” que por allá también tenemos “Negrita” y se bate el cobre.

Volviendo ahora al sabio don José Fernández —hombre de larga vista— y a mí mismo —tan corto y de pocas luces—; ¡primario curioso!, bien recuerdo que, por cierta “extensión” de primeras letras, aprendí bastante, oyendo su grata conversación, sus cuentos morales y su lectura política en las famosas “Capilladas de Fray Gerundio”, siempre que las traía el Correo. Funcionaba esta mi “educación moderna” en un pequeño “Bazar” —por llamarlo así— frente a nuestra casa de la Placeta, y donde lo mismo había templados azadones y herraduras, que calzado y sombreros y pañuelos de seda. Mi lejano y muy respetable pariente leía con todo el cuerpo —como hablan los oradores—, y por mejor decir, con toda su alma de poeta . . . Porque su cuerpo no pasaba de ser un alambrado nervioso que se perdía de vista bajo la capa, de uso viejísima y el sombrero de copa, casi fuera de combate ya y de recogerse; tal era el hombre sabio y su vestido.

Dichas “Capilladas” se referían críticamente al Gobierno “progresista” en Madrid, de los años 40 al 43, y por cierto que me causaba mucho susto ver que con todo y libertad se fusilaban generales valerosísimos y de muy altas simpatías . . . Los Cuentos sabían a cosa rara y de mucha ejemplaridad. Largo tiempo después he visto, recordándolos, que procedían de un libro clásico en todas las literaturas: “El Conde Nicanor”, del Infante Don Juan Manuel, que precedió bastantes años al “Decamerón” de Boccaccio . . . Y las “Conversaciones” eran de aquellas que de repente callaban todos y, en boca del hombre superior, se convertían en “conferencia” tan instructiva como agradable y hasta regocijada . . . Por cierto que, ya hombre yo, presencié con frecuencia un hecho semejante, junto a una chimeña, cuando esperábamos en Madrid con Castelar la “hora de clase”. Borrador.

(2) ni de casa. Borrador.

(3) don Juan Lorenzo Ferrer, Borrador.

sición y pedagogía (4) en la capital de Provincia, y a mí me pusieron, de pronto, en la Escuela privada de "Don Leonardo", escuela dividida en "Cartago" y "Roma", según (5) calificación de alumnos, malos y buenos. Yo era tan poca cosa en edad y estudios, (6) que no entré por ninguna de ambas bandas, sino que el maestro me sentó en un taburete a la izquierda de su tarima. De modo que sin ser yo "romano" ni "cartaginés", quedaba entre los bárbaros del Norte, Sur, o cualquiera rumbo.

30.—Desde allí (del taburete), leyendo a ratos en mi "Libro de los Niños", de Martínez de la Rosa, único bueno, a juicio mío, en aquella escuela "donleonardina", oí leer en la "Historia de Bertoldo y Bertoldino", al cacaseno enorme manganzón Pepe el de "La Amarra", nacido para sochantre de cualquier parroquia rural, nunca pudo decir hermano "carnal", sino "canal", que le costaba un furioso regletazo de maestro Leonardo . . . También recitaba, casi de memoria, un "Código Penal" un hijo del abogado López, y el de su pariente, "escribano público y de concejo", cancababa en un "Contrato", de mala letra y muy difícil lectura . . . Y así de lo demás tocante a "Libros de Lectura": tanto que un hijo del médico Pérez llevó un Tratado de Anatomía", cosa tan ajena de infantiles lecturas escolares, y primarias . . . Si bien es cierto que acá en Costa Rica y ahora, los insignes pedagogos de "Educación Común" tienen de todo, como en Botica, y naturalmente "Anatomía descriptiva, y con muñecos para "coeducandos".

31.—Felizmente me volvieron luego a la Escuela Real, (7) bajo el magisterio simpático de don Blas Carrillo, uno de los hombres más cabales de la Palma, igual que su hermana Sofía era "la hija más bella de su patrio suelo" . . . Allí mejoré mucho de letra, escribiendo a mi gusto, casi como ahora, de narices contra el papel. No puedo recordar si había palmeta, propia de aquellos tiempos en que algo se aprendía, pero consta que bajo el profesor Carrillo y Batista, nunca se usó más disciplina, que la más perfecta disciplina escolar y pedagógica, por más que nunca oyésemos hablar de "pedagogía" sus dóciles y aprovechados alumnos. Yo, por mi parte, no puedo prescindir de tan grato recuerdo en mi asendereada vida que ya parece que va haciéndose "vida perdurable", a estas horas (puesto que tengo noventa y un años, cinco meses y cerca de medio). Con todo eso, vea quien leyere cómo escribo sin que me tiemble el pulso. Es un fenómeno vital como cualquier otro en temblones de 30 años.

32.—Mucho antes había llegado también la de salir yo de la escuela primaria y sus estudios. Y por cierto que fue con la mejor nota, y premio en el Ayuntamiento, donde a la sazón no era mi padre alcalde; sino un señor alto y flaco, barbado en grises y revueltas patillas, sin bigote y con redondos lentes a lo Quevedo, cuyo nombre no acierto a recordar, pero sí tengo muy presente que, sonriendo a mi rubicunda delgadez, me puso al cuello una medallita de plata con cinta verde: de Constitución y Milicia Nacional era la temporada todavía. Ya con aquel bachillerato primario, debía pasar al Estudio del Maestro Torres, primer latino entre los eclesiásticos de aquella Santa Iglesia parroquial. Pero el maestro de escuela sin libros de Lectura, don Leonardo Reyes —ya me pareció su apellido—, buena persona de suyo, pero algo loco, del oficio entre Car-

(4) de posición pedagógica. *Borrador.*

(5) según calidad y *Borrador.*

(6) poca cosa —en tierra extraña.— *Borrador.*

(7) a la Real y Lancasteriana, ya en manos y *Borrador.*

tago y Roma y ahullar de bárbaros, aconsejó, en mal hora, que no nos metiéramos con eso . . . (8)

33.—Por desgracia no pudo intervenir en ello mi padre, hombre de mucho entendimiento, pero también hombre de negocios, que andaba en viajes a La Habana con frutas de Islas, de buena venta en la rica plaza cubana. (9) Esta ausencia, con aquel desatino, retardó cinco años —¡lustró fatal!— mis estudios serios, mis “humanidades” quiero decir. Y gracias que hallé, donde parecían escondidos, los libros de que hablé ya en cierta ocasión y letra de molde: una “Biblia” sin notas, el “Emilio”, de donosa pedagogía, y un “Quijote” con notas “oscuratorias” . . . De qué resultó, naturalmente, que me reía de corazón con éste, aun sin entenderlo ni a medias, que gocé mucho con la suavidad del educador a su modo filosófico y adquirí mucho espíritu religioso en muchas partes divinas —hablo ahora en literatura— del Antiguo y del Nuevo Testamento. (10) Sólo Miguel de Unamuno ha dicho que “La Biblia es un tejido de absurdos”...

34.—¡Válgame Dios, Señor, cuánto enseña la Sagrada Biblia, y cuánta lástima me dan los jóvenes impertinentes y las demás personas mayores que no quieren gustar de Moisés, David ni Job, ni Salomón, ni de los Profetas, mayores o menores, ni de los Evangelios y Epístolas, diciendo que todo eso es cosa de iglesia y nada más . . . Muy bueno y de admirar cuanto dice el Marqués de Valdegamas en su maravilloso discurso de recepción en la Academia Española; pero eso no es tan necesario y eficaz, como leer la misma Biblia, aun sin entenderla de plano, para salir bastante culto de vida humana y digno de la libertad política que, según cierto gobernante americano, no merecen los pueblos que “no leen la Biblia”. Por mi parte y en mi humilde categoría de pensar y sentir, sólo digo que aquel imperfecto conocimiento de las sagradas letras, me puso, a su tiempo, en el preciso caso de estudiar hebreo y demás lenguas semíticas, para leer sus clásicos originales.

35.—Buena ocasión se presentó, a poco de mis desordenadas y, acaso, prematuras lecciones de autoeducación, para que, ya de vuelta y asiento mi padre en casa, me pusiese a estudiar lengua francesa, literalmente y a punto de Chantreau y Taboada, con su grande amigo el Dr. Alberto Delcourt, recién llegado también, pero de París, donde había pasado doce años estudiando su profesión y la bella lengua de su padre, modesto artesano en latón, “mosiú Alberto” que había caído prisionero en la batalla de Bailén, junto con el buen santero italiano Luis Marión, el médico Jaubert y varios otros que llegaron a ser honrados de Santa Cruz de la Palma . . . Varios jóvenes mayores fueron primeramente mis discípulos, pero luego dejaron aquel estudio por las diversiones y gustos de su edad.

36.—Yo aprendí a pronunciar correctamente, pero hablaba poco por leer mucho y nunca me solté a conversar de corrido, ni era ese mi propósito. A lo que yo tiraba en deseos era a leer el “Emilio” en su lengua, y al año de clase pude conocer hasta la “Nueva Eloísa”, gracias al “Telémaco” y los “Trozos escogidos, de Tramarrin” y, sobre todo, a mi tenaz aplicación y la sabia paciencia del doctor franco-español que casi había perdido, con su larga residencia en París, la pronunciación castellana . . . fue

(8) eso, si no había yo de meterme fraile”: razón tan necia como la de ciertos pedagogos y doctores de ahora en este país de América Española después de setenta años y pico de aquella locura del Sr. Reyes. *Borrador.*

(9) plaza, y goletas chatas, además, que vendía, para sacar por los ríos y rías, azúcar, miel y alcoholes a los pueblos. *Borrador.*

(10) que, por lo demás, todo es divino en las sagradas escrituras. *Borrador.*

por entonces cuando me sucedió, en un viaje a Mazo, lo de la doncella "chúcara" y mi andar a gatas por el terreno de su madre Juana la Grilla, que bien podría "mentársele" a la chica. ¿Y fue causa de mi acometer y rodar, lectura del filósofo ginebrino, del obispo ilustrísimo Fenelón, su obra de "misia" *Naturaleza*?

37.—Todo puede ser: porque hay libros episcopales, como el de Fenelón, y santísimos como el su Ilustrísima Longo ("Teagenes y Casiclea") que son galeotos en connivencia con la universal "Celestina", por ley de Dios, ya indicada en el "Génesis". Pero a poco me sucedió también, por otoño del propio año, lo que ya se contó en la elegante "Colección Ariel", del amigo García Monge, a quien remito mi lector, si es tan curioso para ello, aunque no merece la pena . . . Grande fue la mía, eso sí, y gran dolor de la familia, con la fiebre biliosa, o tifoidea que me atacó aquel mismo invierno, y, que, sir! acudir a facultativo curó mi padre con dos tomas de "Le Roi" y caldos de pollo . . . Porque mi padre era un creyente de aquella especie de "religión médica", como recuerdo haber "evangelizado" en otra ocasión . . . y la fe hace milagros."

38.—Así lo creyó mi devota y amante madre que, luego, luego, subió a Las Nieves a cumplir su ferviente promesa . . . Pero este viaje me recuerda dos cosas que, antes y en su lugar, no sé cómo se me olvidaron. Es la primera que, a raíz del "Carro" de la fiesta y de mis nueve años, bajé de Beloco, en compañía de una de las Señoras del Castillo (vulgo "Las Castillas") mi tía "Maruca, y encaramado en una banca, para alcanzar a la Pila de Butismo, fui padrino de una criatura que, andando el tiempo, me sustituyó en el servicio militar, mientras yo estudiaba en Sevilla, y después, al cabo de tantos años, yo de última temporada en el Colegio de Cartago (1895-1898) encargué que le vendieran la misma hacienda de "Beloso", donde supongo que aun debe de vivir con su mujer María, que había sido moza del Cura primo mío don José Remedio y Fernández.

39.—Y es la segunda cosa notable para mí, aunque no importe un comino su notabilidad para las personas de éste o del otro mundo, — que en agosto y víspera de Nieves, me dejó ir mi madre a Beloso, acompañado de un sirviente hartó salvaje; y temiendo, no sin razón, al anochecer, que mi ocasional pedagogo se quedase a la lucha, borrachera y palos del caso en el llano de los "romeros", despachó a la enorme María "Dimoño" en busca mía . . . Cuando llegó al "Castillo" de Beloso —según decían por su altura, que no por la nobleza de mis tíos—, (12) ya se había rezado, después de ver y oír los fuegos artificiales de allá bajo en el llano que dejo dicho. Gritar ¡guenas noches"! la tal María, mirarme a mí con alegre mirada y echarse al camino sin decir ni hacer nada más, todo fue obra de un momento.

40.—Pero ¿quién es esta mujer, tan hermosa como salvaje al parecer y ciertamente cariñosa? . . . Entonces corría camino abajo, saltando a veces con la "vara de bichos", que trajo y llevaba como lanza de pasiego pastor, o del conquistador Don Pedro de Alvarado . . . ¿Y ese nombre infernal de tan gallarda hembra? . . . Es que, al llegar de Garafía a la ciudad, cuando le decían cosas galantes, contestaba: ¡"vete al dimoño"! . . . y agregaba sonora bofetada, si venía a mano . . . ¿Y después? ¿Qué había de suceder después, a esta tercera de las Marías, hermosas a cual más, que ya figuran en estos mis Recuerdos erráticos y bastante desvencijados, desguarnidos, cansados —sobre todo muy principalmente—. Bastantes años sirvió en casa, honestamente y cada vez más hacendosa. Pero . . . ¡"ay infeliz de la que nace hermosa"!

(11) [Faltan dos hojas] . . . curó mi padre con dos tomas de "Le Roi" y caldos de pollo . . . Porque mi padre era un creyente de aquella especie de "religión médica", como recuerdo haber evangelizado él en otras ocasiones, y la fe hace milagros . . . Borrador.

(12) que también la tenían. Borrador.

41.—Aquí se medita, seguramente, como dicen los libros de votos . . . Más en este desorden historial, que nada tiene de "bello" —como el de los poemas líricos—, he de volver a mi convalecencia de la fiebre biliosa, antes de contar mi viaje a Cádiz en el balandro "Virtudes" . . . Entonces me llevaba mi padre, en compañía de un señor abate Batista —más debilitado que yo, a causa de sus calenturas—, de mañana temprano, a una posesión de mis señoras tías en el "barranco del Carmen", para tomar leche "al pie de la vaca" . . . Ni ésta ni el cura ni el barranco dichos, pueden pasar por alto en el cuento de mis recuerdos; porque los "canteros" de la "suerte" vivían, principalmente, del "humus" que por sendas troneras les metía el barranco en su oportunidad, y después por beneficio de la misma vaca y su pareja con que araba ñor Manuel García, y más después por los malos deseos que su bella hija Dolores en el buen abate despertaba.

42.—De mi padre, no sé lo que al respecto sentiría entonces, sino que, a poco de aquellas leches, con beneplácito de todos, en cuenta el Vicario Castillo, que también oficiaba en el religioso acto familiar, fue padrino en la alegre boda de la Dolores con un hijo de "tío Juan Bobija", también Fernández de apellido y el más gallardo y forzado de los boyeros de la Palma. Las bodas fueron de lo mejor en su clase, y si no de tanto ruido y forma universal, muchísimo más felices que las de "Camacho el Rico". De sobremesa hubo cuentos del padrino, que sabía muchos, versos del Vicario, mejor poeta que orador, y regocijados aplausos de todos los comensales de la fiesta . . . Y a propósito del santo ayuntamiento, recuerdo en este punto el arar de la yunta de vacas, trabajo que parece imposible aquí, en este país laborioso, aunque sea de uso corriente en otras partes, y por cierto más saludable para el ganado, según puede aprenderse de su particular higiene . . .

43.—Ya en esto se acercaba mi viaje a Cádiz y Sevilla, y el paso de adolescente a joven, que también tiene sus peligros. Pero antes me divierte un recuerdo que no es de callarse; tanto menos, cuanto que pronto me seguirán más amarguras que placeres, aun viviendo entre gente alegre por carácter y posición social. Me refiero con el divertido recuerdo, a la fiesta lustral del año 45; cuando ya no cabía yo en la categoría de ángel para el "Carro", sino en la de grumete, o "paje de escoba" a bordo del navío que, por ministerios de la ley, mandaba mi abuelo en su carácter de Capitán de Mar. Cuando había zafarrancho de combate, gritaba don Mariano, con el pasavoz amarillo de cintas rojas: "¡Retirarse de banda y banda, que se va a hacer fuego"! . . . y si era por la noche y algún chico atrevido, a la luz de las serviolas y el farol del moso, quería poner manos pecadoras en el desnudo pecho de la ninfa de proa, también voceaba: ¡"Muchacho, no toques la teta a la "bogía"! . . . Y esto movía ruidosas carcajadas en aquel ancho mar de piedra donde nadaba en seco el pueblo soberano y divertido. Mi abuelo Ferraz era muy popular y hacían gracia sus desplantes.

44.—Otros días se daba función de gala, por decirlo así, Subían a bordo por estribor, según es de ordenanza, señoras y caballeros, a quienes recibía al portalón, con tanto respeto como galantería, cual es costumbre de marinos, aunque de tierra casi todos nosotros . . . La gente de mar ocupaba sus respectivos puestos, para maniobras a las órdenes inmediatas de nostramo el "Chuguigo" —lobo marino que había servido al Rey—, mientras se lanchaba en la cámara con pasteles y mistelas naturalmente a gusto del consumidor, y en la toldilla se bailaba . . . a gusto de todos. El mío se reduce ahora, más de setenta años después, a recordar aquella última fiesta de las Nieves, que yo he podido ver durante mi larguísima vida.

De la del 35, no me di cuenta, en la del 40, ya he dicho cómo figuré, y del 45 acá, siempre estuve ausente de casa.

45.—Y aquí agrego a lo dicho de mi enfermedad y curación algo que ahora se me representa muy vivo. Don Francisco Fernández "Gallo Viejo" (¡quien sabe si esto

último era apellido!), casado con una gran señora Betancour —de otra isla—, llegó a la Palma, para fabricar de su famoso pino, "El Joven Temerario", bergantín que salió tan bello como galán y hermoso era su amo, algo pariente de mi padre también, y padre del insigne académico y escritor nobiliario que murió en Madrid poco tiempo hace . . . No sé yo por qué no me llevaron a Cádiz en aquel barco; pero había otro más en relación con mi pequeñez, y era, como tengo dicho, el balandro "Virtudes", recién construido también y botado de aquel astillero al agua, con toda felicidad, como era de costumbre en la Palma, que no siempre en Las Palmas de Gran Canaria. . .

46.—El amo, capitán y piloto de "Virtudes", sobrino político —por casado con "mama Tomasita", una de las varias sobrinas de mi padre, que podrían ser tías suyas— era también compadre, por padrino de mi hermano Víctor . . . y antes y sobre todo, era "Caballero de la Legión de Honor", porque, navegando cerca de Santa Elena, en su bergantín goleta "La Fe", salvó la tripulación de una barca francesa que por allí se fue a pique. Don Antonio Felipe Carmona, vulgarmente llamado "don Antonio Ventura", era hombre pequeño de cuerpo, pero grande hombre de mar y práctico seguro en los puertos más difíciles de entrada, como luego habré de escribir en estos recuerdos de mi azarosa vida. Era asimismo mi respetado primo político (¡Por Dios que esto va pareciendo árbol genealógico y cuento a lo Sancho Panza!) . . . Digo, pues, que mi señor primo era muy amable persona y de sociedad distinguida, como suelen ser en tierra los más fieros lobos marinos, hechos a gruesas tempestades. Claro es que había de visitar a mi afligida madre, en vísperas del viaje, para hacerle comprender que todos íbamos seguros en su balandrito "Virtudes". Pocos días después, salí de casa con mi padre, sin despedirnos, cuando mi amante y hacendosa madre cuidaba los gusanos de seda. Era un día de la primavera, de los primeros de abril de 1848, cuando embarcamos en "Virtudes", con muy poca gente: la escasa marinería para tan sencillo aparejo. El viaje fue muy feliz, pero yo . . . sólo empecé a comer algo de pescado y papas con mojo colorado y picón, entre dos tripulantes, a los siete días de limpiar el estómago . . . A los once de navegación entramos en Cádiz, en eso pude conocer la ciencia y práctica y serenidad del caballero . . . ¡"un práctico"! —gritaba uno del oficio—, y "se va usted a varar en las Puercas" . . . ¡"Gracias, amigo, ya las veo", le contestaba don Antonio, riéndose.

47.—A poco, fondeamos lo más cerca posible del muelle . . . y cuando salté a tierra con mis dos protectores, apenas podía caminar derecho, sino aguantando un imaginario balanceo, hasta entrar en la Plaza de San Juan de Dios, donde quedé admirado frente al gran Palacio Municipal. Pronto cogimos a la derecha por calle de "Colcheros", nombre que no me pareció extraño, porque allí "colchaban" rebenques unos marineros, para flechastes; pero al doblar a mano izquierda y leer "Calle de Columela", no entendí cosa de este nombre, que más tarde había de conocer como del clásico escritor latino, en prosa y verso, "De Re rústica", y "De Arboribus", y el más interesante de la antigüedad, en ciencia y arte de agricultura. Entonces almorzamos en tierra, por la "pescadilla" que deseaba conocer mi padre, y volvimos a comer a bordo . . .

48.—Pero al día siguiente, ya de noche, zarpó el airoso balandrito y, sin miedo a las gruñonas Puercas, cogió el camino de Sevilla, no sin bailar por todo lo alto en la molesta barra del Guadalquivir gloriosísimo . . . El día 14 atracamos al muelle de Santelmo entre el "Adriano" y el "Teodosio", vapores de rueda trajineros por el célebre Río: día muy recordable para mí, puesto que, cumpliendo los 17 años y, dejando atrás mi adolescencia, entraba en la juventud y en Sevilla. Si esto que escribo se publicara, que no lo creo necesario, el lector geógrafo echaría muy de menos una regular descripción de ambas orillas, desde Sanlúcar de Barrameda, hasta San Juan de Alfarache, no sin nombrar los toros de Tablada, espantados con el aguaje, y la famosa Corta, ya en proyecto y que ahora se anda acabando, a los 70 años de empezada.

49.—También echarían otros de menos algo de poesía erótica (13), desde que menté Sevilla y juventud. Pero nada, vamos por partes en esta relación de mi prosaica subjetividad ante los objetos más poéticos del mundo: la Semana Santa, desde luego, con procesiones sin igual en todo el orbe católico; el Real de la Feria con su inmensidad de gente, y ganados de todas razas y naciones; su deliciosa calle de paseo, donde una tarde serenísima vi a la hermosa Eugenia, Condesa de Teba y a un joven caballero caminando en sendas bestias finas; las calles todas y todas las plazas de la ciudad paraíso, su Catedral y Giralda y Biblioteca, todo ello en una pieza y único en el mundo; La Lonja y el Alcázar, sus Museos y sus Jardines, la Fábrica y sus Cigarreras, llenas de gracia entre todas las mujeres . . .

50.—Todas y todo ello son cosas y personas poético que imaginar se puede (Sic). Pero nada más prosaico que nuestra presentación, mía y de mi padre, con carta de su amigo don José Massieu a su administrador el Sr. de Massa Rocillo, que también lo fuera, hasta hacía poco, del Duque de Medinaceli. Lo digo recordando la clase de persona con quien primero hube de relacionarme yo en la gran Sevilla. Era mi señor Don Manuel hombre respetable por su edad y su alta posición. Pero tenía un escribiente algo desmañado, que, a veces, le hacía perder la paciencia y gritábale ¡porra! en portugués . . . por no soltarlo redondo en castellano. Aquel bendito tenía cierta fama en tan honorable familia, y nunca usó el traje popular, sino levita y sombrero de pelo, aunque ambas prendas harto deterioradas.

51.—Me pusieron interno en el Collegio (Sic) de "San Alberto", dirigido por el Padre Márquez, con muy buenos profesores. Allí conocí a un Alara, hermano muy menor del insigne catedrático de Derecho Romano en aquella Universidad. En el Colegio conocí a un joven Miura, hijo del famoso ganadero de los famosísimos toros; allí a Federico de Castro, niño fideo que luego llegó a filósofo; allí a dos chicos Merry, uno de los cuales debe de ser padre del eminentísimo Cardenal que bien puede llegar a Papa, y allí a un Manuel Bolívar, caraqueño, que se admiraba de que no tuviese clara noticia histórica de su tío abuelo Simón, el "libertador" . . . Buenos muchachos todos; pero yo no pude aguantar aquella vida donde todo era a toque de campana, y de acuerdo con mi excelente protectora Doña Teresa María de Alvarez Dosorio, escapé una tarde del Colegio, y ella misma me colocó en casa de su grande amiga Valentina, donde ya estaban los Massieu Pedro y Felipe.

52.—Doña Valentina Ceballos de Serón era otra de esas distinguidas mujeres cuyo trato jamás puede olvidarse. Su marido el Coronel Serón de Aragón tenía mucha fama en Sevilla por su buen humor, sus galanterías de viejo con las muchachas y . . . por su poco de renquera, gracias a una bala carlista, si es que puede haber tales gracias en ello. Por supuesto que mi don José andaba confinado, aunque no lejos y casi "pro formula". Desde que lo vimos una noche sentado a la mesa del gazpacho, como el convidado de Piedra, tan peripuesto y decidior "sotto voce", dije al oído a Pedro: "ahí está el Coronel" . . . Así llegó varias noches, sin darse a conocer ni darnos nosotros por entendidos . . . Dura estaba la política aquel año, con las revueltas europeas que hicieron sangrienta huella en España, merced —si vale decir— al General Narváez, apoyo del trono, según unos, y según otros, de triste recordación.

52.—La mía es grata en este punto, de entrar casa de Valentina y Serón, como amigo de la familia y no como huésped. Pero aquella honorable casa no era hospedería, sino que habiendo llegado a Sevilla, cuando yo escapaba del Colegio, los Massieu Pedro y Felipe, hermanos menores de Don José, naturalmente fueron recomendados por la

(13) algo de poesía mística y erotismo literario —propio de viejos—, Borrador.

Señora de Alvarez Ossorio, y conmigo fueron admitidos, viviendo allí los tres y comenzando juntos la Segunda Enseñanza en el Instituto, hasta que los dos se volvieron a Canarias, y, a poco, seguí yo a bachillerarme en Madrid. Esto de mi viaje a la Villa y Corte, y entrada de rondón en el "Noviciado", parecerá inverosímil en joven tan corto de genio como yo, pero lo cierto es que había de afrontar peligros y en estudios iba bien preparado.

53.—Tantos son, además, mis recuerdos de los cinco años de estudio en Sevilla, que necesito llenar algunas páginas, aunque a nadie gusten . . . "Escribo sólo para darme gusto", como cantó el poeta, y ¿cómo entré yo en la Universidad, donde residía el Instituto? Entré con Luis Felipe Mantilla, que me dijo en el primer claustro, al pasar por la vieja iglesia: "Vamos a ver a Don Alberto" . . . y, efectivamente, allí estaba tendido el cuerpo del insigne maestro Lista, cuyo alumno predilecto había sido Espronceda. Yacía muy cerca de la célebre estatua de San Jerónimo que, con una piedra se quiere dar golpes de pecho. Aquella iglesia, secularizada, era el Salón de actos, o "Paraninfo" de la Universidad de Sevilla, donde, provisionalmente, se hospedaba el Instituto provisional secundario.

54.—El nombre del amigo Mantilla (14) saca del descocherado cofre de mi memoria dos recuerdos muy desemejantes: uno triste y otro divertido. Salgo del primero, aunque su asunto fue posterior al segundo. Ya escribí algo del mismo, con ocasión de cátedráticos imposibles . . . Don Fernando Vida, médico sin enfermos, leía Historia, a libro abierto y sin explicación (15), y por haber contestado nosotros sin hablar de memoria, nos dejó encerrados en clase . . . ¡Qué diferencia del otro recordado! El Padre Aguila, que lo era de Lengua Latina, explicaba con claridad notable la nueva Gramática de don Luis Mata y Araujo (16), y con todo eso, nosotros dos, con Sánchez Solís y el hermano menor de los sabios profesores Gago, nos metimos en la cabeza el viejo Nebrija, con todo y sus versos. Ya dije cómo esto se relacionó con el canónigo Don Celestino, para hacernos de una mediana biblioteca religiosa (17).

55.—Aquí tengo que virar de bordo en esta historia hecha sin cronología; porque antes de internarme en "San Alberto", me llevó mi padre "donde" el Sr. de Marsa, y Manuel Burgos — sobrino nieto de mi encargado, y muy hábil pintor, me retrató con un libro en la mano, que había por allí en una mesa del patio, cerca de la olorosa pila . . . (Era mayo y habían bajado ya), y resultó que era el libro la primera publicación poética de Carolina Coronado, también de la familia. En aquel mismo Patio perfumado, tuve la gratísima honra de conversar con la bella Elisa Tassara, parienta de un gran poeta, con Adela y Corina, dos maravillosos tipos sevillanos de mujer, de triguña y rubia, y sobre todo, con la arrogante, con la espléndida Pepa Marsa, novia del Capitán de Artillería Don Tomás de Reina . . . Ya volverá, para honra mía, a encontrarme con él en La Habana, siendo el General Reina Gobernador de la Isla de Cuba, entonces fiel y más feliz que ahora con su aparato de independencia y su menguada resignación de extrañas gentes con ambiciones imperiales (claro está que aludo a esa Gran República, mezcla de bueno y malo).

56.—Vivimos los hermanos Massieu y yo, con la distinguida familia del Coronel Serón, en su modesta casa —calle de Pedro el Toro, entre Laguna y San Pablo—, y visitábamos frecuentemente otra honorable casa de otro Coronel retirado, el Sr. Castaños, sobrino nieto del Duque de Bailén.

(14) tan conocido en todos estos países, *Borrador*.

(15) miren si es viejo en España lo de imbéciles revueltos con gente buena. *Borrador*.

(16) . . . "filosófica" ella y según su título, y él nos hacía razonar sobre sus reglas. Si esto no era enseñar y educar al propio tiempo, venga Dios y véalo . . . Tanto nos aficionó este método al estudio, despertando nuestra curiosidad, que nosotros dos, . . . *Borrador*.

(17) . . . de una mediana Biblioteca de libros religiosos a cambio de los heréticos que conseguíamos en la "Feria" — conste que ésta nada tenía que ver con la obra . . . *Borrador*.

Las tres hijas del Coronel pudieran compararse a las tres Gracias en belleza y amena conversación, tanto ellas como su mamá, eran muy características sevillanas, y con eso lo digo todo. Por supuesto que mis dos paisanos, ricos de verdad y estudiantes de nombre, "fungieron" de "novio" con las dos menores; y que yo quedaba en amigo de la mayor, y de tan honesta confianza, que si llegaba triste, recordando tal vez a otra vecina, me decía a voces: ¿"quién lo quiere"? . . . , frase curiosa y admirada, propia de aquella tierra de María Santísima. La otra era una espiritual Asunción que "no me quería".

57.—Pero en este capítulo de muchachas y amistades, nada más digno de recordación para mí, que lo pasado algún tiempo después y viviendo ya solo yo, con la familia Ceballos y Serón, en otra calle angosta de cuyo nombre no me acuerdo. Anita Salas, de Jerez, vino a pasar una Semana Santa y feria con su parienta Valentina. Era un año o dos, mayor que yo y tenía finísimas barbas y bigote negro; pero su elegancia, su regocijado buen humor y rara hermosura no tenían comparación posible con ninguna de las nobles mujeres que yo trataba . . . Y esta fue mi aventura y su ocurrencia, ambas inocentes, que fingiendo amores del tiempo, una "noche oscura del alma", se metió callada en mi cuarto de estudio, y haciéndome salir a la calle, pasamos un buen rato —¡qué comedia!—, ella dentro y yo fuera de la reja, "pelando la pava" . . . (18).

58.—Mujer más arrogante, señorita más fina, chica más decidora, no creo haya salido nunca de Jerez y sus alrededores . . . Pero, al otro día temprano, voy a clase de Geografía. El Profesor, don Joaquín de Palacios Rodríguez, forma el contraste más perfecto con el de Historia memorista. Médico era también el Dr. Palacios, pero me parece que su especialidad debía de ser curar toda pereza o distracción de sus alumnos. Suyo era el serio y correctísimo libro de texto, que él animaba con sus eruditas y amenas explicaciones. No había lugar, en España o fuera, en la tierra y por las estrellas, sobre el cual no dijese de alguna batalla, de invenciones y fenómenos curiosos . . . Sólo Campillo andaba lento al contestar y su sabio paisano le decía: "Pero don Narciso, ¿adónde irá usted a parar cuando sea viejo"? . . . Y accionando, hacía pesados globos.

59.—Narciso Campillo, futuro maestro, poeta y cuentista de tanto mérito (19), pensaba, sin duda, en la Clase de Retórica Poética y su insigne profesor Zapata, Sacerdote de Cristo y de las Musas, y otro de los antiguos alumnos de don Alberto Lista . . . Un día pidió, para la semana siguiente, algo en prosa o verso con libre tema. Campillo leyó unas "décimas", muy bien iladas o hiladas, y, después de pensar un poco, dijo el buen maestro. ¿"Quién le ha hecho a usted eso"? . . . Y él: "Yo las hice". — "Bien está; traiga un Soneto cuando quiera". . . Y no pasaron muchos días de clase, sin venir con ello el "puer male praecinctus" de la señora Correa — "El mismo Profesor repitió la lectura del Soneto, como él solo sabía, y cuidado si también los hacía! Siempre recordaré aquél que me dictó, al despedirme, para entregarle en Madrid a su antiguo discípulo Amador de los Ríos.

Así decía el Soneto:

"A Dios"

No hay más que tú: la tierra, el firmamento,
Y ese sol que en los mares reverbera
Son, como el hombre y la creación entera,
Ráfagas fugitivas de tu aliento.

(18) No hay para qué decir si la conversación fue romántica: ella había leído el "Rafael" y yo me lo sabía de memoria. Lo cierto es que mujer . . . *Borrador.*

(19) Ese "don Narciso", tan perezoso y pesado en clase de Geografía, no era otro que Narciso Campillo y Correa, futuro catedrático insigne, poeta y cuentista de tanto mérito entre los modernos españoles. Pensaba, sin duda . . . *Borrador.*

De la nada brotaron a tu acento
 Mil mundos repitiendo en su carrera,
 Que otros mil y otros mil hacer pudiera
 Una palabra tuya, un pensamiento . . .

Y no puedo recordar ahora los tercetos; pero sí tengo muy presente que don José hizo grandes elogios del Soneto, y me recitaba muchos versos de otras composiciones de su grande amigo y paisano, y condiscípulo, como tantos, en el Colegio de Don Alberto Lista, de donde salieron tantos poetas y tantos sabios. Los catedráticos de Sevilla, en Ciencias y Letras, eran, todos ellos, discípulos de "Don Alberto", desde el modesto Rojo, de quien tengo mucho que decir a su tiempo, hasta el elegante Fernández Espino, Profesor de Literatura General y Española, y el célebre naturalista don Antonio Machado . . . Sabido es que el gran Lista era tan matemático como poeta, y que, de 14 años, enseñando Aritmética, mantenía a su madre.

60.—De mis Estudios Secundarios he de recordar aquí dos cosas que pudieran ser de utilidad práctica a la juventud estudiantil; sólo que yo no escribo para nadie, sino para mí mismo. Dije que, sin otra cosa que hacer, cursé un año de Lengua francesa en mi tierra, y ahora sucedió que don Pedro Lerroux, en vista de mis facilidades de clase, en la suya del Instituto, no enterado de antecedentes míos, me tuvo por discípulo "extraordinario y sorprendente", así para "atrapar" la pronunciación, como para temas y versiones. Este buen señor también daba lecciones por la noche en su casa, y un chico de Osuna me contó que asistiendo en dicha clase privada y nocturna, no sé si con ocasión de la "e muda" o el "diptongo eu", dijo monsieur Lerroux: ¡obscuro! . . . ¡obscuro! . . . más obscuro! . . . Y entonces le apagó las luces de la pizarra y, naturalmente, hubo risas y a oscuras acabó la lección.

61.—La otra cosa, o mejor dicho, el otro caso, fue que yo seguí un curso de Lengua griega en la Escuela del Angel, de la Sociedad Económica, con el Profesor Don José Rojo, que también lo era de Latín y Castellano en el Instituto. Gustó mucho de mi aplicación y ampliaba las explicaciones en su casa con "Les Themes et Versions de Vedel" . . . Hasta su respetable y cariñosa Señora, doña Antonia me trató a veces como a hijo, puesto que no los tenía el matrimonio. Después asistí en clase de oyente a la del Sr. de Colom, en la Facultad de Filosofía y Letras, donde explicaba la Gramática de Burnouf, la "Tabla de Cebes" y el "Sueño de Luciano", y cuando me trasladé a Madrid me recomendó al sabio helenista don Saturnino el de la voluminosa Gramática, con que no quiso cargar mi gran maestro el Dr. Bardón y Gómez . . . Pero esto diré más tarde. . .

62.—Tengo mucho que recordar aún de mis cinco años en Sevilla, mis estudios de Bachillerato y mis relaciones sociales. En estos días quiero fijarme ahora, recordando el divertido trato de la noble señora viuda sin hijos "Pepa Amatría", amiga íntima y frontera de Valentina, con quien charlaba en alta voz de balcón a balcón; mi grata conversación con la señorita espiritual que antes he nombrado y que ciertamente simpatizaba conmigo, pero Anita su mamá quería casarla con Felipe, lo cual tampoco pudo ser, porque el joven Massieu había de curar en otra parte; mis respetuosas visitas a la Señora de Anzuátegui, rica mejicana, el mayor de cuyos sobrinos visitaba mucho a los Coronales Serón, siendo el menor muy amigo y compañero mío; mi trato familiar con los Alcega en el Alcázar y su alocado vecino Becquer, sobrino del restaurador y luego poeta inmortal ahora hombre de estatua, gracias a los Quintero (20).

(20) . . .sobrino del restaurador Bécquer y en día poeta inmortal y ahora con estatua en Sevilla, gracias a los hermanos Quintero, que no a gobernantes prosaicos y harto metidos en la mina que explotan. Borrador.

63.—Si algún erudito del porvenir anotase (¡qué majadería!) esta especie de historia, casi ciega porque tampoco tiene geografía metódica, ni segura cronología, no dudo que cite aquí mis correrías por los Jardines del Alcázar, sus Albercas y Laberinto, su Baño de Doña María de Padilla, y también por la Sala de Embajadores y el Patio de las Muñecas, aun manchado con la sangre de Don Fadrique; así como en otra parte lo de Narciso Campillo, pescando lagartijas en Santiponce, ó Ruinas de Itálica, mientras Mantilla y yo nos batíamos con un ladrillo del “despedazado anfiteatro”, reflexionando sobre la dureza permanente de cemento romano y, en fin, exclamando: “Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora” . . . Lo cual interrumpió la inútil pesca del poeta en cierne, para, como barítono, acompañara al cubano, algo bajo, y al canario bastante atenerado, en la recitación del Canto elegíaco que se creía de Rioja.

64.—Pero ninguna de mis relaciones sociales, más digna de recordación que la de Alvarez Ossorio. Teresita me redimió del Colegio y Don Ramón me trató como a sus dos hijos Antonio y Manuel, con quienes hice muy buenas amistades. Y en este punto vendría bastante a pelo algo de anotarse, que yo escribí, no sé dónde, acerca de una silla remendada con tomiza y los jóvenes descuidados, al parecer, que luego llegan a personajes, José Luis Sartorius rompió y amarró la silla, y el Conde de San Luis gobernó a España y otros le rompieron todas las sillas, hecho este último de que también habré de decir alguna cosa, cuando hable de la revolución de setiembre, llamada “la Gorda” y “la Gloriosa”, y la cual sólo resultó un flaco “reinado” y una “república” flaca, y un vergonzoso criminal “cantonalismo”. Nada digo de la restauración, sino que libertarias locuras la trajeron.

65.—Ahí no más quedaban mis recuerdos —de relaciones sociales, y de estudiante— ayer 27, a los 13 días justos de comenzar esta relación, cuando, a las 10 en punto de la mañana dejé de escribir en esta oficina y me fui a casa, sin notar novedad ninguna por las calles . . . Pero ¡qué sorpresa! poco después supe que había “revolución”, o cosa así; mas después, que “le habían tomado el Cuartel” al Gobierno, y a poco se oyeron hasta unos veinte tiros al aire —según supe a la tarde— y todo quedó en paz: Yo no me cuidó del número 13, ni para sentarme a la mesa; pero el 27 me hace pensar en que ajusta 3 veces 9, lo cual se presta a muy curiosas combinaciones matemáticas y políticas, así como también políticas . . . Pero esto pide, asimismo, párrafo aparte.

66.—La revolución nuestra, llamada “gorda” y quedándose bastante “flaca” —según ayer mismo parecía— cayó en 27 de setiembre de 1868; la primera que yo sufrí aquí, a pocos meses de mi llegada, se celebró en 27 de abril de 1870; y ésta de ayer también resulta en día 27, y de enero. De modo que tanto en invierno, como en primavera y en otoño se dan revoluciones, como castañas, y peras, y uvas, respectivamente . . . Pero es de advertir que aquí es “verano”, que no “invierno”, en esta fecha: por lo que puede verse que, prescindiendo de lugares y climas, se revolucionan todas las estaciones del año. Por lo demás, nada “puedo, ni debo, ni quiero” decir de esta breve y pacífica revolución, sino que parece la más pacífica y breve de todas ellas . . .; oh grande, por pequeña Costa Rica! . . . (21)

67.—Vuelvo a Sevilla, y a mis recordadas impresiones. Fue una de éstas, pero grande, aunque no recuerdo la fecha, en la corrida de toros — presidida por la Infanta María Luisa y su marido el Duque de Mompensieur, para repartir premios a los ganaderos de la Feria. ¡Corrida verdaderamente famosa en todo y por todo! El público era brillantísimo, deslumbrador de mantillas blancas y abanicos de todos colores; se permitió en los caballeros hasta levista cerrada y sombrero de copa, sin gritar: ¡“El de la

castora, que se la quite"! Por los muchísimos ingleses de la Semana Santa, la Feria y la Corrida, y por las ricas tabaqueras de habanos que tiraban al redondel . . . Pero nada más interesante que ver aquellos tres Espadas, sin los relambrones de ahora, sino con la serenidad que los ha inmortalizado en los Anales de su Fiesta Nacional, y eran el señor José Montes, N. Redondo y Curro Cúchares . . .

68.—El sabio Montes —que lo era y también artista de primer orden en tales ejercicios— pasaba de los sesenta años: alto, delgado, flexible, capeó y mató maravillosamente, y con gafas, sin más que girar un poco sobre sus talones; Redondo ya era famosísimo en todas Plazas, y en Cádiz una tarde, ya cerca de noche, acabó, de un limpio "mete y saca", con el toro más bravo que allí había visto, el cual había dado espantosa cuenta de todos los caballos y de un triste banderillero atrevido; Cúchares era muy joven, cuando la corrida de los premios, de las tres personalidades y un solo torero verdadero . . . Y este hombre, Curro Cúchares, ya rico en fama y en dinero, dueño ya de una ganadería en Torina, o por allí cerca, tuvo el fatal antojo de venirse a La Habana, tras más dineros, o mayores glorias, y, habiendo triunfado de todos los toros de ambos mundos, murió de vómito negro en Regla, barrio de ultra bahía. No quiso venir Cúchares hijo.

69.—Muy a punto habría de encajar al fin del párrafo anterior, y como nota, un artículo mío en "La Información", donde digo, como es verdad, que no soy aficionado a toros, y que después de aquella corrida memorable, ni en mis cinco años de Sevilla ni en mis quince de Madrid, volví . . . (22) el Instituto de Segunda Enseñanza y las bibliotecas Colombina y de San Acacio, sin descuidar tampoco mis buenas relaciones sociales . . . Y en esto tengo de recordar algo, bastante original, a mi parecer, cuando interviene, con sorpresa, en cierto asunto de familia, pero que debía de ser cosa de contrabando también.

70.—El caso fue así —como si me hubiese pasado ahora un año, y hace más de 65 por mi cuenta—. Una dama de alta sociedad, aunque no era ninguna de las que dejo aquí nombradas, me distinguía con su confianza, como a estudiante "de buen juicio y discreto", según decía ella . . . Y una tarde me sorprendió, pidiéndome que acompañara (23) a cierta iglesia, tener la criatura, junto a la Pila y firmar un documento correspondiente. No puedo recordar si la parroquia era de los Humeros, de la Macarena, o acaso de Triana. Lo cierto del caso es que el recién nacido era robusto y que la nodriza cargó con él. La señora tenía parientas educadas y de situación, pero que yo no trataba ni volví a ver nunca de allí adelante.

71.—También debo consignar otros recuerdos que sobremanera me interesan. Asistían a la tertulia, casa de la distinguida familia Serón Ceballos, varias personas no menos distinguidas, como la señora viuda de Varca y su elegante hija Encarnación. Esta señorita, como de 30 años, me trataba, en mis 20, como a un pobre chico, y como yo le acertaba sus jeroglíficos al vuelo, mientras que su pretendiente Pepe Gómez, sólo pensaba en ella, me tenía por genial talento para charadas, y para garabatos egipcios, ni

(22) [Falta una hoja en el original. En el borrador] . . . Volví a esa fiesta, hasta que —en 1869— hube de acompañar a ella a mi respetable amigo don Ezequiel Gutiérrez, que andaba por allá en busca de un Director de Escuela Normal primaria . . . Mas en esta "Vida y errores" míos, me hallo aún entre la Giralda y la Torre del Oro, frecuentando el Instituto . . . *Borrador.*

(23) . . . que acompañarla de la Plaza de San Francisco a la Catedral, fueron manchas de sangre en la pared donde apoyó sus manos el Segundo Cabo Shely, de la capitania general, herido de muerte. *Borrador.*

Champolion . . . Pero, ante aquella rubia con tintes de rosada aurora, se presentó una tarde el celaje ardiente de la morena "más chula" —palabras de Valentina— en viaje de novia con el Coronel su esposo que podía ser su padre. Aquella graciosa Coronela era toledana y me hirió como una espada.

72.—Aun seguí cerca de dos años más en aquel Instituto, huésped de tan famosa Universidad. Y entre mis sabios profesores, merece muy especial mención el amable Padre Nouaillac en Clase de Religión. Su precioso librito —tan diferente de los que ahora privan y hacen solfeables a muchos textos españoles— exponía los Elementos de Moral Cristiana y el Antiguo y Nuevo Testamento. Exigía de nosotros sus alumnos compendiosa explicación de lo estudiado, pero las suyas eran extensas, teológicas y como de predicador elocuente . . . La más bella flor de su jardincillo era Carmen, si no es que ella sola era todo él, como significa su nombre. Sobrina del sacerdote francés, tenía su parienta más cercana en Utrera, donde casó con un gallardo joven a quien yo había conocido en el Colegio de San Alberto.

73.—Algo se olvidó en su lugar referente a mi primer año de Sevilla, y fue la "Casa de Pilatos", poco antes habitada por Don Manuel de Massa Rocillo, como Administrador del Duque de Medinaceli, a quien pertenecía el Palacio Evangélico. Varios franceses, ilustres en literatura, ciencias y artes, entre los cuales se distinguió Alejandro Dumas, por lo negro y por su dicho al salir de España, "de que el Africa empieza en los Pirineos". ¡Y eso que allí en Sevilla y en todas partes le habían recibido muy bien los españoles, más atentos a sus libros que a sus pasos. Por supuesto que aquel turismo entró con Montpensieur, a causa de las "bodas reales", que tan mal le salieron a Luis Felipe, Rey de los franceses y honorable burgués de paraguas y redingot . . . Lo primero que vi, pasando de la Plaza de San Francisco a la Catedral, fueron manchas de sangre en la pared donde apoyó sus manos el Segundo Cabo Shelly de la Capitanía General, herido de muerte.

74.—También a poco de llegar fui con mi padre a gran fábrica de loza en la cartuja de Santiponce. Allí vimos en ejercicio aquella multitud de obreros y obreras, bajo la inmediata inspección de sus respectivos capataces y la dirección suprema de mister Pikman su rico empresario, que no era todavía Sir Carlos Pikman, ni vivía, como después en su espléndido Palacio de Calle de las Armas . . . Mi padre y su compadre el Caballero Don Antonio, cargaron de loza el balandro "Virtudes" y zarparon del Río discretamente para Santa Cruz de la Palma, donde surtieron de china sevillana a todas las familias de buen gusto, que no pudiesen tenerla original de sus "celestes" inventores . . . Mi padre negociaba, sin descuidarme.

75.—Una de las mayores fiestas a que asistí en Sevilla —fuera de Semana Santa y Feria, que no admiten comparación—, fue el estreno del Puente que apenas se comenzaba a construir a mi llegada en 1848 y ahora corría ya el año de 1853. Fue triple fiesta con grandes ceremonias religiosas, civil y militar; puesto que, ante todo, "pontificó" el sabio Arzobispo don Judas José Romo y corrió agua bendita por todo lo alto, entre ambas cabezas del Puente, como por sus tres ojos pasaba la mansa corriente del divino Río Cristiano, aunque moro de nombre; después entró en funciones el elemento civil, Gobernador de la Provincia y Municipio sevillano, que había de tomar posesión de la obra de arte, y finalmente la Infantería, Caballería y Artillería, que pasaron y repasaron el Puente, al mando supremo del General Norzagaray: así acabó la triple fiesta.

76.—Ahora pondré aquí otro Recuerdo, aunque ya publicado: quiero conservarlo, y es así: Antes diré lo que me trajo ahora este recuerdo de algo que me pasó en Sevilla el año 1853. ¡Parece larga fecha! Pero nada es largo ni corto en absoluto.

Sucede que, tras de otras cosas que no parecieron, hallé un decir muy usado en España; pero duramente censurado por el sabio P. Juan Mir y Noguera, de la Compañía

de Jesús. "Acabar como el rosario de la Aurora": suele decirse de lo que anda mal, como "a farolazos", por ejemplo. Ese decir popular lo trae la Real Academia Española en su Diccionario de la Lengua, y explicación del término "Rosario". De ahí la dura crítica del P. Mir, quien dice no ser cierto lo de "acabar mal" esa cristiana práctica del Rosario cantado en público al amanecer.

Pero si el buen Padre está en lo cierto, con relación a los principios y buenos tiempos de tal costumbre piadosísima, no así, por desgracia, corriendo los años . . . que suelen desmejorarlo todo, menos los vinos, y "el entendimiento" — según Cervantes.

¿Acaso no recuerda nuestro autor, tan pío como sabio, lo sucedido, deslizados los años, con las santas "agapas" de los primeros tiempos cristianos? Luego se convirtieron en orgías, a modo de las bacanales profanas del paganismo griego.

Y es que, como puede leerse en el "Diccionario de antigüedades cristianas", por el Abate Martigny, "La corrupción humana mancha, aún las cosas más sagradas" . . . Así el "Rosario de la Aurora" que yo seguí un buen rato, con más curiosidad que devoción en Sevilla, más de tres cuartos de siglo hace . . .

Así es que refiero lo visto y oído, no lo imaginado y piadosamente pensado de tan ilustre autor como el Reverendo Padre Mir y Noguera. Por eso entiendo estar en lo cierto, a pesar de mi escaso valer, contra tan sabio y de mí admirado Jesuita, el cual yerra, sin duda ninguna, en lo susodicho del Rosario . . .

"Que según decir de maleantes, acababa siempre a farolazos" . . . Estoy por negar la positiva constancia del hecho cuanto al acabarse de tal modo; y cuanto al origen de la devoción, bien podrá verse en los "Anales de Sevilla", por Ortiz de Zúñiga, sabio historiador sevillano del siglo XVII, tiempo de grandes escritores . . .

77.—¡Quién sabe si después vino a menos la devoción y degeneró esta costumbre religiosa; si llegó a ser parranda de trasnochadores; si desapareció ya esa devoción, a estas horas! . . . Todo es posible con los cambios y progresos modernos, en bien y en mal. — De modo que, con sus ensanches y nuevas "avenidas" —no del Río, muy viejas— la romántica ciudad de las calles del "Aire", de las "Sierpes" y las "siete revueltas", se ha quedado en el corazón de las nuevas construcciones, así como las costumbres concuerdan con los tiempos distintos.

Lo cierto es que en aquel tiempo a que me refiero, había "Rosario de la Aurora", y que yo asistí a una de sus devotas procesiones, con mi amigo Sanguineti, más de curioso que por devoción, lo confieso. Dicho amigo, y no de estudios era, en cierto modo poeta —de lecturas, no de invención creadora—, y solía trasnochar demasiado. Lo encontré al rayar el día en la Plaza de Murillo, frente a la Gobernación, y al punto echó uno de sus desenfadados cuentos, acerca de un trapero que por allí cerca se quedó a oscuras y dijo: "Se ha menesté echale aceite ar pijotero farol" . . . A poco, llegó el Rosario con los suyos bien alumbrados, y acuerpándolos frente a la Capilla de la Expiración, seguimos alrededor del Museo hasta embocar, a mano derecha, con calle "Pedro del Toro" . . . Alguien quiso seguir la "del Dormitorio de San Pedro", mas, sin disputa seguimos hacia la derecha.

Como a mitad de dicha calleja, tan conocida en estos Recuerdos y tan amable para mí, entre la noble Pepa y la espiritual Asunción, soltó, a modo de saeta, el alegre Sanguineti, éste su clásico recuerdo:

¡Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando,
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando"! . . .

Y es muy posible que ninguna de esas "despertara", ni "recordase" hasta el amanecer de otro día . . . y por Calle de la Laguna y su Compás tan célebre en viejas aventuras, siguieron sin mayor novedad otras menos literarias y a cargo de los rezadores más devotos, hasta llegar a la "Puerta de Triana", por donde salió el Rosario a las Afueras del bacalao y de las aceitunas . . . Si hubo farolazos debió de ser por ese alegre barrio, fuera de Murallas. Nosotros quedamos dentro y . . . ; ¡a casita!, no sin pasar por la Campana y tomar nuestro chocolaté con "molletes", célebres en toda la ciudad.

78.—A poco salí para Madrid, triste y lloroso —después de mis cinco años de estudio en Sevilla—, pero recomendado por el Coronel Serón y su señora, a don Manuel Cortina y a don Angel Fernández de los Ríos, y por mi Profesor de Griego al de igual asignatura en Madrid don Saturnino Lozano . . . Con tres días de Diligencia y más de trescientos tumbos por una carretera bastante descuidada, llegué a la Estación del ferrocarril en Aranjuez, donde montaron en una vagoneta, bien trincado el bien "descochado" coche. No había en aquella fecha de 1853, más que dos trozos de ferrocarril, o "camino de hierro", como primeramente se dijo a la francesa: éste de Aranjuez a Madrid y el de Barcelona a Mataró. En fin, estoy en la coronada Villa. Del Paradero —calle de Alcalá y Aduana Vieja— alguien me condujo a un pupilaje de doce reales, en la calle de las Infantas . . .

79.—Por cierto que, atrasado el "maestro de baile", el aguador, con su cuba, pidieron prestada una botella de agua en la vecindad. Mucho escaseaba, por entonces en la Villa del Oso y del Madroño; pero era mejor aquella poca —de las fuentes del "Berro", de la "Teja" y varias otras del erial madrileño, que no la que más tarde vino en abundancia por el Canal de Manzanares. Ví la inauguración del primer Depósito, quedando casualmente muy cerca de la Reina Isabel que navegó en lindo bote por medio y sorteando más columnas que las de la Mezquita de Córdoba. Mucho se han aumentado los Estanques, con la población y aseo de la grande "Urbe" —que por nada quiere dejar su modesto nombre de "Villa"—, y aun parece que, a fecha en que ahora escribo, ya vuelve a escasear el agua en Madrid, donde hasta su menguado Río padece de securas bajo el enorme Puente de Toledo.

80.—Basta de aguas escasas y sobra de piedras monumentales. Antes de recomendaciones de sociedad, acudí a las académicas. El Soneto de Rodríguez Zapata, gustó mucho, como dejo dicho, al Dr. Amador de los Ríos, quien me atendió personalmente con su amabilidad característica. Don Saturno salía de clase cuando le entregué la recomendación colombina, pero, leída, dijo: "muy bien, pero este año tengo el Segundo Curso". En esto se acercó el otro profesor, hombre alto y fuerte, inclinando de lado la cabeza bajo un sombrero de copa alta poco elegante . . ., y el viejecito Lozano le dice, dándole la carta: "mira, Lázaro, entérate de esto". Y, efectivamente, Bordón, el gran helenista que aún no había impreso —"autéjeir" las Lecciones graecea", me miró fijo, diciendo: "Lo mismo da, sin efectos académicos, que con ellos, venga usted a clase desde mañana" . . .

81.—Y no fui, al otro día por presentarme al Instituto del Noviciado —que ahora se llama "del Cardenal Cisneros"—. Allí me presenté a los insignes profesores de entonces, don Manuel María José de Galdo en Historia Natural, don Manuel Mereto en Matemáticas, don José María Rey y Heredia, ²⁴ y otros más . . ., cuyo nombre no recuerdo ahora. Pero sí tengo muy presente al Sr. de Tamaría, de quien yo no podía ser alumno, por haber, de sobra, cursado mi francés, como tengo dicho. Pero, como Director, era el fornido "Oso Blanco", susto, a veces, de la menudencia estudiantil, sí bien me pareció siempre un respetable señor muy campechano. De muy atrás le conocía sus "Trozos escogidos" de Literatura francesa.

82.—Allí había, entre mis condiscípulos, muchos jóvenes que, a su tiempo, deberían resultar personajes, Moret, Prieto y Cauler, Martínez Campos, hermano del

otro del Estado Mayor, y andando el tiempo, de la "Corazonada" y del "Zanjón"; otros habían de distinguirse, en las letras, más que en política, saliendo muy notables, en prosa y verso, en la Clase de Retórica y Poética, del inolvidable don Angel María Terradillos, buen maestro, aunque muy nervioso, y a veces, irascible . . . si alguien discrepaba un punto, tirando a cosas de libre examen, no sólo en religiosidad, sino en Estética y Criticismo literario. Presidió alguna vez nuestras academias semanales donde nos soltábamos a discurrir y desafinar los novicios del "Noviciado" . . . Cierto es que de aquel charlar salieron bastantes oradores . . .

83.—Pero subo a la Universidad . . ., digo mal porque, antes de subir, entro en Secretaría . . . Don Victoriano Marín, jefe de aquel complicadísimo Centro —del Distrito universitario, de donde todo y todos dependían, desde la última Escuela manchega y más infeliz maestro del Toboso, hasta la "Central" con sus seis Institutos de Segunda Enseñanza, y sus alegres estudiantes— era el respetable Marín, hombre autoritario, reglamentario, atrabiliario; y en cuanto vió que mi traslación de matrícula fue "sin efectos académicos" en griego de Filosofía y Letras —barrunto de "enseñanza libre"— me mandó a Rada y Delgado . . ., ¡Cuán rica es la naturaleza y qué diferencia de tipos entre los hombres! . . . Este amable joven, y jefe de Sección, llamado a ocupar altos puestos en la diplomacia, llamó a Juan Uña, su inmediato subordinado en aquel ejército burocrático, y al punto quedé habilitado para entrar en clase de Lengua griega y el amigo Uña quedaba habilitándose para llegar a Consejero de Instrucción Pública y Senador vitalicio.

84.—Despachado en traslación de matrícula, entré a clase del Dr. Bordón que aquel año daba primer curso de Griego, alternando con su maestro don Saturnino Lozano, ambos de una Gramática infinita en reglas y excepciones, y traductor de Demóstenes y Esquines . . . En clase de Primero había más de cien preparatorios para Medicina, y, con todo y su fama de revoltosos, no daban qué hacer a don Lázaro, quien, caso necesario, le había parado los pies al más guapo . . . Allí no había más libro que un cuadro sinóptico con la morfología y partículas griegas. Gracias a mis previos estudios libres, en pocos días me puse al tanto de aquel sistema de tiro rápido, cuando —tan avanzado el curso— aun andaban en dificultades los médicos del porvenir. Tampoco andaban muy firmes los alumnos académicos de Filosofía y Letras y "el señor Ferraz" satisfacía "al Dr. Bordón" . . .

85.—¿Y quién era este cura, sin hábitos ni toga, por el tizabe y la pizarra? — Un "maragato" sin morisqueta indumentaria, según el arabista Profesor, también maestro mío adelante . . . Era don Lázaro natural de Inicio, en la provincia de León y sobrino del Cura cuya parroquia no contaba con 200 fieles . . . Fue a visitarla el Obispo de Astorga, el sabio traductor de la Biblia, Torres Amat, y descubriendo, de pronto, el talento del mozo, le dijo: ¿"Quiéres estudiar en el Seminario"? — "Sí quiero", contestó, y casado con la Teología, fue número uno en todas sus clases. Ganó, ya ordenado y por oposición la Cátedra de Lengua Griega para la Universidad de Salamanca, y a poco, por nueva oposición, la de Madrid, en la Facultad de Filosofía y Letras. En vista, sin duda, de mi aplicación helénica, me invitó a visitar su casa en Chambery, donde ya se ocupaba en componer y tirar la primera edición de sus "Lecciones griegas".

86.—Su ama era Pepita —no su apellido—, señorita mayor de 50 años, que mucho antes había sido "dama de compañía" de una Grande de España, la Marquesa de Camaraza. Esto me explicó su distinción social, su delicado trato, su corrección en todo. Y esta cabalidad de su persona siempre duró para conmigo, no sólo hasta mi salida de Madrid camino de este Nuevo Mundo, sino que, cuando a los 13 años de América, volví allá, pasé una temporada de campo con mi sabio maestro en su linda casa de campo de Collado Mediano, entre el Escorial y Alpedrete, abastecedor de adoquines para Madrid. Frente a la morada veraniega pasaba el camino de la Granja y subían y

bajaban de continuo coches de Palacio, y detrás corría estrepitoso el tren del Norte. Y doña Pepita siempre hacendosa, servicial y amable como antes de mi emigración . . .

87.—Vuelvo a mi llegada a Madrid el año 53. Arreglados los asuntos de Secretaría, Instituto y Universidad, hice las dos visitas de recomendación. Muy amables, naturalmente, los señores Cortina y Fernández de los Ríos. Pero yo no podía frecuentar la casa del primero por su alta posición política, ni colaborar con el segundo en su "Museo de las Familias"; porque, siendo obrero del estudio, temía ciertas alturas sociales y me daba miedo lo de escribir, con tanto que leer y estudiar para intentarlo . . . ya que fué Bachiller en Artes, quise que mi año de griego, por enseñanza libre, valiese por un primer curso de Filosofía y Letras, y nada pude conseguir de aquella bárbara tiranía académica del Sr. Secretario Marín, siempre impugnando mis buenos deseos de simulta-
near en lo oficial, gracias a mi buena preparación libre.

88.—Y esta lucha entre la libertad de enseñanza, por mi parte, y la tiranía reglamentaria, por la del Secretario Marín, duró cuatro años, avanzando yo, cuanto podía, "sin efectos académicos", y el viejo Marín siempre atrincherado en su gobierno pedagógico y absurdo, hasta que —por casualidad— acertó el Estado docente, en algo, reduciendo a cuatro los cinco años de la Facultad, y como yo llevaba por delante los estudios "sin efectos", resultó que en 1857 fui Licenciado y Doctor en Filosofía y Letras, y de premio por oposición . . . Cuando, en Secretaría me gritó el derrotado Marín: ¡"Canario, venciste"! (Conviene saber que fue interjección castellana, que no dictado provincial mío).

(DESDE AQUI, CUADERNO EN BORRADOR, NO PASADO EN LIMPIO)

me presenté, modestamente risueño, al autoritario Marín, sólo me dijo, con cierto desconuelo, ¡"Venciste, canario"! . . . Y bien seguro estoy de que no decía "canario" por lo que el otro, con la grandeza, dijo: "Galileo", sino que, terriblemente rabioso, me echaba "un ajo": lo cual no me importó "un comino".

Aquel año (1857) fue de grandes trabajos y bastante honroso para mí; puesto que no sólo gané por oposición los grados superiores de Filosofía y Letras, sino hice también oposición a cátedra de Latín y Griego, que obtuve para el Instituto de Jerez. Ya servía yo en la Facultad, como auxiliar del gran maestro don Lázaro. Eran siete las cátedras que habían de proveerse y muchos los opositores; pero sólo recuerdo a Suñá que me tocó de contrincante y sabía más que yo de ambas lenguas. Este catalán, con todo y su saber clásico, estropeaba de vez en cuando la pronunciación castellana, pero fue número uno en la noble contienda y se quedó en Madrid. También recuerdo que en el ejercicio de "lección", donde otro me había impugnado en clasificación de verbos, Emeterio tuvo la galantería de decir que si él no hubiese conocido los verbos griegos, habría visto aquel día la más completa clasificación.

Yo no renuncié mi cátedra de Latín y Griego en Instituto de Segunda Enseñanza; pero se me concedió espera para tomar posesión y al mismo tiempo me nombraron auxiliar en la Facultad para la clase de Griego, que antes había servido, a veces, como sustituto personal del Dr. Bordón. Este cargo mío, ya oficial y universitario, no lo servía "por oposición" a cátedra, sobre las otras dos a grados. De modo que yo no fuí "auxiliar que "sobrino" de ningún Decano, como cierto Manolito que lo era de don Eusebio del Valle, y, tiempo andando, había de ser, de gracia, Catedrático, Diputado, Senador vitalicio y Consejero de Instrucción Pública . . . "Non equidem invidio, miror magis" . . ., aunque actualmente se dan cosas peores, según cuentan. ¡Bendito sea Dios, ¡cómo progresa la gente! Así han desacreditado las oposiciones a cátedra y el sufragio universal . . .

No sólo me ocupaba yo por aquel tiempo en oposiciones y completar mis estudios académicos, sino que, desde el año 55 fundé, con varios compañeros, "La Revista Universitaria". Esta tuvo segunda época en 56 y en 57 se llamó "Revista de Instrucción

Pública", porque ya trataba en general de los dos grados de Enseñanza. Desde un principio tratamos del ramo, según nuestras personales aficiones, Montreal de Geografía, Menéndez Luarca del Derecho patrio y erudición histórica, Cacharrón resumía Lecciones del Ateneo, como las de Merzosa, nada Kantiano en filosofía, otro estudiante poeta, de cuyo nombre no puedo acordarme publicaba un precioso estudio acerca de Macías el enamorado, el famoso Doncel de Don Enrique, quien dijo:

"Bien amar, leal servir,
Cuidar e decir sus penas,
Es sembrar en las arenas
O en las ondas escrevir" . . .

Y, finalmente, yo escribía cosas de poco más o menos de crítica y resumen de Discursos académicos.

Por cierto que de esta Revista semanal, de que yo no había conservado ni siquiera un número, hallé casualmente y compré, en un "puesto de libros" de La Habana, el grueso tomo que contenía los años 55, 56 y 57, y había pertenecido al Dr. —don Ramón Zambrana, ilustre colaborador nuestro. Lo fue, desde su cátedra de la Facultad médica de Cuba, como tantos otros de sus respectivos lugares, y de Madrid mismo.—Algunos de esos colaboradores eran ya conocidos, como el célebre Dr. Mata y su colega en Granada el Dr. Montell, y algunos, como Laverde Ruiz hacían sus primeras armas en la Revista, igual que sus mismos fundadores. Tengo a la vista dicho tomo, que hoy pertenece a esta Biblioteca Nacional, y por cierto que me recuerda muchas cosas que ya se me habían olvidado, como la violenta polémica entre el hebraísta García Blanco y don Pedro Monlau del Diccionario etimológico, quien me dijo de su libro, despreciando la crítica del sabio andaluz y con espíritu catalán, "¡e pur si vende"! . . .

Con todo eso, de mis aventuras con sabios y poderosos, ninguna tan peligrosa como mi "entrevista" con don Claudio Moyano, Ministro de Fomento, de quien dependía la Instrucción Pública, persona honorabilísima, pero con fama de rudeza en su trato y de ser "el hombre más feo de España" . . . Mi timidez, o cortedad de genio, se oponía resueltamente al oficio de reportero, y más aún al de consejero, que me impuso "La Revista Universitaria". En vísperas del 57 se preparaba famosa "Ley general de instrucción pública", vigente todavía, con los desperfectos de la sucesiva ignorancia y sus atrevimientos. —cual suele suceder en otras partes con otras Leyes de lo mismo—; y a poco de cierta "correspondencia" que publicamos, sobre importancia del Griego en los Institutos, tuve que ir a preguntarle al Sr. Ministro, si tendríamos la prometida Ley para el Curso próximo, y a rogarle, por no decir "aconsejarle", que impusiera el Griego en Segunda Enseñanza. A la pregunta contestó "que eso dependía de las Cortes", y en la demás dijo "que el Gobierno de S. M. ya sabía a qué atenerse".

Aunque nada me gustó la sequedad de Su Excelencia, comprendí que pudo haberme ido peor, dado el carácter del Ministro y forzada heroicidad del estudiante . . . El cual no dejó de manifestar a la Redacción el éxito de la embajada, con algo de retórica por el estilo: "Moyano presentará su Ley al Congreso, en seguida, complaciendo a la opinión pública en general y especialmente a la prensa técnica, y cuanto a lengua griega y su importancia con ciencias y letras, había defendido ya en Consejo de Ministros su introducción en la nueva Ley general" . . . Y aun creo que me extendí acerca de la finura ministerial de un hombre político que, después de todo, no era tan feo como decía la prensa de oposición . . . con tan plausible motivo, el Director de la Revista, que ya era "de Instrucción Pública", nos obsequió aquella tarde con un té "tentador", que bien pudo ser "danzante", siendo la redacción un coro de danzantes pedagógicos . . .

Si bien es cierto, (?), que la científica "Ley Moyano" estableció enseñanza de lengua griega en la Secundaria . . . ¿Por qué hubo de suprimirse más tarde? Ya creo haberlo dicho: por cierta fatalidad que suele perseguir lo mejor en pro de lo peor; y además, porque cátedras de Griego se confiaron, en su mayoría, casi todas, a dómines del antiguo régimen . . . Y hablo de antigüedad relativa; porque durante nuestra clásica

civilización española, de cultura y dominio universales, bien se cultivaron el griego y el latín, como actualmente se cultivan dondequiera que florecen el saber y la fuerza. De modo que la "imbecilidad humana" tiene cuerpo y espíritu como los racionales, y de ambos modos se manifiesta simultáneamente, sin distinción de tiempos ni de lugares. Aquí mismo asoma la huera testa, con el quiero y no puedo de los pedagogos heredianos . . . Cuando esto salga a luz, ya no se entenderá la alusión.

Dígolo porque un desconocido mío, de nombre y apellidos greco?romanos —Fílix Vigil— le escribió a "La Información" cantándoles verdades como puños a los pedagogos de la conversación herediana en su dichosa Escuela Normal . . . La carta esa bien pudiera encajar aquí como nota "ad calcem", que dirá el sabio editor de mis recuerdos. Entre éstos, conservo muy vivo el de dos célebres oposiciones a cátedra, la de "Lengua hebrea" y la de "Historia crítica de España". Todos los contendientes eran doctos Doctores, y los que repentinamente triunfaron estaban llamados a la celebridad, cada uno a su modo, pues eran Severo Catalina y Emilio Castelar . . . ¡Qué diferencia de las ramplonas y amañadas oposiciones de que hube de hablar, según fieles noticias, en mi reciente carta al Dr. Pérez Martín, contestando a las "Doce Universitarias" que publicó el "Diario de Cádiz". En verdad, me digo, quisiera ignorar lo presente, o no acordarme de lo pasado. Ya dije de las mías, a grados y cátedra, que se acercaban aquel mismo año.

La misma "Revista", en sus varias épocas, fue una de mis empresas estudiantiles, que bien merece recordarse aquí. En ella debutaron, por decirlo así, muchos jóvenes, como Gumersindo Laverde de Luarca, A. Suárez Bárcena, Narciso Campillo y tantos otros que luego llegaron a escritores notables en prosa o verso y en ambos géneros, como el bueno de "don Narciso, antes pescador de lagartijas en las ruinas de Itálica . . . De los respetables colaboradores —todos sabios, pero algunos medianamente iracundos—, bastante queda dicho. Sólo conviene recordar que, 20 años después de aquellas polémicas y ensayos, el admirable "Don Marcelino" cita con frecuencia la estudiantil "Revista", en sus libros de "Filosofía Española", siempre en lucha con muy buenos patriotas, sin duda, pero seguramente preocupados en pro de lo extranjero y representando la parte cómica de "Españoles contra España".

Y volviendo a mi humilde y trabajosa persona, recuerdo mis varias ocupaciones de enseñanza en los tres años del 57 al 60, en la Universidad, en Colegios particulares y en Lecciones privadas y preparación para exámenes y grados . . . Como esta historia —que a veces parece cuento— carece de propiedad cronológica y geográfica, no puedo fijar con exactitud si fue en el Colegio de (?), donde tuve por alumnos en clase de Latín y Griego a varios niños de familias aristocráticas y comerciales o bancarias, que llegados, en su día, a políticos, diputados y acaso ministros, suprimieron el Griego, por haber olvidado lo poco que aprendieron, o por gusto de deshacer lo que otros hicieron . . . Este fenómeno gubernamental suele suceder en todas partes, si bien es cierto que en algunas, también se da el caso de faltar el político a ciertos deberes sociales con situaciones caídas, "para continuar la orientación de algún ministro".